

Las verdades inmutables de Juan Pablo I

SANDRO MAGISTER

podieran representar el más mínimo afán de poder. Porque parece que aprendió muy bien Juan Pablo I que el Papa gobierna solamente a los suyos con palabras positivas, y no con condenaciones ni con el látigo levantado. Al aceptar ser Papa lo primero que pidió fue enterarse de cómo funcionaba la Santa Sede porque hasta entonces no había sentido ninguna curiosidad por las grandes complicaciones del mundo vaticano.

Su único libro, "Ilustrísimos", sonaba a ironía un poco bonachona, y en él recogió la vida de 40 personajes de lo más diverso, porque por sus páginas pasaron Dickens y Mao, el sentimental y el gran líder; lo mismo que Manzoni y Péguy, el conservador y el progresista. Este hecho revela su afán de contacto vital con los hombres dando muestras de una gran confianza en el ser humano. En España se fijó sólo en cuatro personajes reales y dos ficticios: el Gran Capitán, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y Donoso Cortés, entre los reales; y Don Quijote y Sancho, entre los novelescos. Interesante sería hacer un análisis estructural que revelase el significado de los personajes seleccionados para este casi único libro del cardenal Luciani.

Este fue Juan Pablo I: un hombre de la calle, un cura de pueblo, que se daba cuenta de que los católicos tenían hoy todavía el Evangelio sin estrenar. ■

PASTOR de almas, párroco del mundo, la imagen pública de Juan Pablo I seguirá indisolublemente ligada a su predicación popular más que a Juan XXIII. Es un clisé que remite a Pío X, el "santo", protagonista de la página más genuinamente reaccionaria de la historia moderna del papado.

Es una predicación que desde el mismo exordio reproduce el esquema de la fábula. Los humildes orígenes, la predestinación (Juan XXIII le toca con sus manos; Pablo VI le envuelve con su estola), la elevación paciente y fatigosa (los "estudios propios de Papa"), la milagrosa ("nunca me habría imaginado...") investidura. La autobiografía reexaminada en clave presidencialista es el fondo constante de la elocuencia coloquial de este hijo de campesino vénéto promovido a la cátedra cosmopolita de Roma. Su oratoria es un declarado, ince-

sante recurso a fragmentos de lecturas personales clasificadas en la memoria. Aparentemente improvisadas y con cierto aire de naturalidad, son en realidad producto de una consumada pericia compositiva.

La cosmología campesina y pastoral, que evoca instintivamente las parábolas bíblicas, aparece vinculada sin complejos a una más actualizada teología del utensilio. La Iglesia es el reloj que "señala directrices al mundo", la jerarquía es el relojero. El hombre es un automóvil; Dios, el concesionario. La observación de los mandamientos, el carburante. La Iglesia es una ama de casa. El alma es una camisa. Los sacramentos y la oración ("bien empleados"), el "jabón extraordinario" capaz de lavar el cuello sucio. La libertad es un caballo fogoso, la "autoridad", el caballero, el amor es un viaje del corazón hacia Dios. Viaje "mucho más interesante que los descritos por Julio Verne". El matrimonio es una jaula; el matrimonio es una trampa. Son metáforas de consumo inmediato, de materialidad llevada al extremo. No hay sitio en ellas para lo problemático, para lo sugestivo, para el misterio. No despiertan la inquietud, sino el aplauso tranquilizante del sentido común anidado en cualquier interlocutor.

Un sentido común referible, por otro lado, a un bien definido perímetro cultural. El cielo que domina la visión del mundo de Juan Pablo I está tachonado de estrellas fijas. Honrarás a tu padre y a tu madre es el más importante mandamiento. De hecho, Dios es el padre, pero también la madre. Lejos de ser "revolucionaria", la afirmación papal excluye toda dialéctica. La totalidad es la madre, inmóvil. La virtud de la "gran disciplina" se concentra en el "amor al propio puesto". Otra virtud de la "jucunditas", otro "topos" auto-

biográfico de Juan Pablo I es la aceptación desencantada de lo inevitable (el albañil que se cae del andamio no se rebela, sino que sonríe). La dinámica histórica es un fantasma, la división en clases, una broma del destino ("¿los dineros, los placeres, las fortunas de este mundo?, fragmentos fugaces de felicidad comparados con la felicidad eterna..."). Las nuevas generaciones son una masa de "ministros, diputados, senadores, asesores, alcaldes, ingenieros" en potencia. Todos ellos clase dirigente. ¿Y los excluidos? Bienaventurados los últimos, decía Andre Carnegie, "que llegó a convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo". El dinero no lo es todo. Habláis de millonarios, ¿pero qué saben ellos de las alegrías familiares, de la dulce figura de madre, "que combina en su persona las misiones de niñera, lavandera, corazón, maestra, ángel, santa?...".

El problema del nexo entre salvación cristiana y emancipación de la Humanidad, que preocupa a la cultura católica desde hace decenios, ha dejado de ser un problema, y es ya sólo un inocente malentendido. Simplemente ambas realidades no coinciden y es erróneo sostener que "ubi Lenin ibi Jerusalem". (También esto es un "topos": véase la entrevista del entonces cardenal Luciani al mensual fanfano "Prospective nel Mondo" sobre la imposibilidad de conciliar marxismo y cristianismo, enero de 1977.) La absoluta seguridad de estar en el área de lo verdadero e inmutable, rasgo inconfundible de la cultura católica intransigente, marca la "forma mentis" de Juan Pablo I, tal y como resulta de la lectura de sus discursos a los fieles. Cuando convoca a los niños y conversa con ellos, no es para escuchar sus respuestas, sino para hacerlos ajustarse a un guión preestablecido. James "debía" responder que habla estado enfermo una vez por lo menos; Daniele "decía" admitir sus deseos de verse promovido a la clase superior. Ni James ni Daniele, testarudos, obedecieron. Pero, ¿quién dice que no sea el niño, el poeta, el rebelde, el "loco", el reducto inexpugnable de la vida? ■ "L'ESPRESSO".

